

Massimo Recalcati

¿Existe la relación sexual?

Deseo, amor y goce

Traducción de
Manuel Cuesta

herder

Título original: Esiste il Rapporto Sessuale?

Traducción: Manuel Cuesta

Diseño de la cubierta: Toni Cabré

© 2021, Raffaello Cortina, Milán

© 2023, Herder Editorial, S.L., Barcelona

ISBN: 978-84-254-4908-6

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conflicencia.com)

Imprenta: Sagràfic

Depósito legal: B-172-2023

Printed in Spain - Impreso en España

herder

Índice

INTRODUCCIÓN	13
I. NI MÁQUINAS NI TÓRTOLOS	19
El derecho al goce sexual	19
Por qué no somos como los tórtolos	25
Por qué no somos como máquinas	29
Un ejemplo: la traba de la eyaculación precoz ..	32
El sexólogo de Waterloo	39
Una <i>escort</i> se enamora	42
El <i>Casanova</i> de Fellini	44
El mito de don Juan	46
2. LA INFANCIA INSUPERABLE DEL SEXO	59
Un discurso inédito sobre la sexualidad	59
El guion del fantasma	63
Libido y lenguaje	66
Despertar de primavera	70
Las palabras «hacen» el cuerpo sexual	76
Poesía y lenguaje obsceno	81

3. EL FANTASMA DEL SEXO	83
Imposible contener la contención	83
La raíz del goce	84
La máscara de oxígeno	85
Ser una puta	89
El fantasma histérico	90
El fantasma obsesivo	95
4. LA INEXISTENCIA DE LA RELACIÓN SEXUAL	101
¿La unión más íntima?	101
La tesis lacaniana de la inexistencia de la relación sexual	104
Pulsión y deseo	108
Modos de goce. Sexuación masculina y sexuación femenina	110
Otra concepción del onanismo	114
¿Y si existiera simplemente la relación?	117
Atrapados por el fantasma	119
El tabú de la virginidad	123
Deseo mi costilla que hay en ti	125
El deseo femenino	130
Goce femenino	133
Con los ojos cerrados	135
La alteridad del cuerpo femenino	137
El nombre y el cuerpo	139
No saber declarar el amor	144
Paradojas del amor y del deseo	146
La ilusión de la relación	152

5. PERDER LOS CONFINES	155
«Hacer el amor»	155
La alegría del deshacer	158
La hora de la verdad	162
El goce anónimo	165
Cuerpos sin nombre	170
Goce perverso	172
Más allá del placer	178
 BIBLIOGRAFÍA	 181

Exploro el cuerpo del otro como si quisiera ver
lo que tiene dentro, como si la causa mecánica
de mi deseo estuviera en el cuerpo adverso (soy
parecido a esos chiquillos que desmontan un
despertador para saber qué es el tiempo).

ROLAND BARTHES

Fragmentos de un discurso amoroso

Introducción

Homosexuales, heterosexuales, personas transgénero, lesbianas, *queers*, *gays*, transexuales, personas neutras, personas fluidas. Los cuerpos sexuales hipermodernos parecen multiplicar sus posibilidades expresivas, volviendo anacrónica y obsoleta la llamada «sexualidad binaria», que se basa en la diferencia sexual entre lo masculino y lo femenino. ¿Nos hallamos ante un nuevo movimiento de liberación sexual, comparable al que se puso en marcha en los años sesenta del siglo pasado?

El psicoanálisis, por lo general, no se muestra hostil frente a estas nuevas declinaciones de la sexualidad, no preside ninguna representación ontológica de la diferencia sexual ni defiende la heterosexualidad entendida en términos anatómicos conforme a una lógica elemental de los atributos —tener o no tener falo distingue binariamente lo masculino y lo femenino— como la única forma adecuada de la sexualidad humana. El psicoanálisis se adhiere, antes bien, al principio de la identidad de género, según el cual no es nunca el sexo anatómico quien tiene la última palabra sobre la determinación de la identidad sexual de un sujeto sino la elección subjetiva que este realiza; elección que, si bien no puede prescindir ni de la anatomía ni de los condicionamientos culturales, resulta siempre irreducible a tales elementos.

La liberación sexual del siglo XXI ya no tiene que ver con la emancipación de la sexualidad frente a las redes morales y sexofóbicas de la cultura patriarcal. En el centro ya no está solamente la necesidad de liberar al cuerpo sexual de la jaula de una educación represiva que golpeaba de manera particular al género femenino. El movimiento de emancipación del nuevo siglo pretende liberar a la sexualidad no solo de las actitudes de intolerancia y represión sexofóbica sino también de la norma heterosexual que querría distinguir los sexos conforme a la diferenciación binaria entre lo masculino y lo femenino. No solamente entra en juego, por tanto, la libertad de los comportamientos sexuales sino también la del derecho de elección de la propia identidad sexual. El concepto mismo de diferencia sexual resultaría limitativo para entender las múltiples posibilidades expresivas de la sexualidad humana.

La diferencia entre el sexo real —anatómicamente determinado— y el género como autodeterminación de la propia sexualidad era un tema ausente en el primer gran movimiento de liberación —el que arrancó con la contestación de mayo de 1968—, mientras que hoy resulta determinante. Sin embargo, en esta legítima reivindicación de la elección inconsciente del propio sexo, corremos el riesgo de dar por buena la idea de que una sexualidad que no adecúa el género a la anatomía sino a la elección subjetiva es de suyo una sexualidad pacificada y liberada.

Pero este libro no pretende entrar en el meollo del debate en curso sobre la identidad de género —y sobre las consecuencias de dicha identidad en la vida individual y colectiva— sino volver sobre un punto neurálgico de la enseñanza de Lacan que pone el dedo en la llaga de la incidencia de «lo real»¹

1 La expresión «lo real» traduce el concepto lacaniano de *réel*. (N. del T.)

del sexo en la vida humana. Lo que aquí está sobre la mesa es la famosa tesis lacaniana sobre la inexistencia de la relación sexual. ¿Qué significa afirmar —como hace Lacan— que la relación sexual no existe? ¿Y cuáles son las repercusiones de esta tesis en la vida erótica, más allá de las plurales declinaciones que actualmente dicha vida pueda con justicia asumir? En definitiva, ¿qué hay en el sexo que lo convierte en un profundo factor de alegría y turbación de la vida humana?

Por más que se emancipe de los dispositivos disciplinarios y morales que la oprimen, la sexualidad nunca puede sustraerse, en modo alguno, a su carácter perturbador y discordante. Los seres humanos se dan cuenta, en efecto, de que no es tan sencillo mantener juntos el deseo sexual y el amor, pues esta relación es, cuando menos, problemática. También advierten que la vida erótica es laberíntica, y que no tiene absolutamente nada que ver con el instinto; que no extraviarse no es fácil, dado que, en toda relación sexual, el deseo está inconscientemente estructurado, ya antes de encontrar a la pareja, por un singular fantasma que dicta las reglas de ese mismo encuentro.² La seducción, la posesión, los celos, el éxtasis, la alegría, la inhibición, el odio, brotan siempre de una compleja urdimbre no solo de sujetos sino también de fantasmas. Ese es el tema —psicoanalíticamente clásico— de este libro.

En la tesis lacaniana de que «no hay relación sexual» o de que «la relación sexual no existe» se evidencia que hay algo

2 La expresión «fantasma» traduce el concepto lacaniano de *fantasme*. Hay quien opina que dicho concepto debería traducirse al castellano como «fantasía», en la medida en que, en última instancia, sería la traducción francesa del concepto freudiano de *Phantasie* (cf., por ejemplo, A. Sampson, «La fantasía no es un fantasma», *Artefacto. Revista de la escuela lacaniana de psicoanálisis* 3, 1993, pp. 189-199). El *Diccionario de la lengua española* recoge, sin embargo, el adjetivo «fantasmático» en unos términos que parecen derivar de este concepto lacaniano. También nuestro autor dice en italiano *fantasma*. (N. del T.)

en la sexualidad humana que excluye la relación, y que esta ausencia de relación es independiente de las declinaciones de la propia sexualidad (lésbica, homo, hetero, trans, etc.). Todas las múltiples formas de declinación de la identidad sexual deberán enfrentarse, en efecto, al escollo insuperable de lo real imposible de la relación sexual. Esto quiere decir que la sexualidad humana no podrá liberarse nunca de la inexistencia de la relación sexual. Ninguna forma subjetiva de la vida sexual está en condiciones de eludir el fracaso al que está destinada esta relación imposible. He aquí el lado que queda oscurecido en el actual debate político-cultural sobre la identidad de género. Podemos reconocer la legitimidad y el pleno derecho de opciones sexuales que no se califican de heterosexuales —poniendo un necesario freno a la discriminación y a la violencia homo/lesbo/transfóbica—, pero jamás podremos salvar al sexo de su destino imposible. Eso es lo que mantiene viva la diferencia irreductible entre la vida sexual humana y la vida sexual animal: mientras que el instinto sexual querría reconducir la sexualidad al seno de los comportamientos naturales, la sexualidad humana —con independencia de que sea lésbica, homo, hetero, trans, etc.— no puede sustentarse en ningún instinto, por lo que está obligada a separarse de la naturaleza. Sus contorsiones perverso-polimorfas —que no pueden reducirse al instinto— le imponen itinerarios tortuosos y laberínticos. (De ahí lo ramificado del cuadro que describe sus vicisitudes). «Nunca he funcionado y nunca voy a funcionar como un reloj», se lamentaba, frente a las continuas trabas a las que estaba sometido su deseo sexual, un paciente mío, obsesivo. Sin embargo, el fracaso de la ilusión de la relación también lleva aparejada, inexorablemente, su alegría. Si en la sexualidad humana no hay modo de liberarse de lo real de la inexistencia de la relación sexual, de lo que se trata

es de ir aprendiendo, como diría Beckett, a fracasar cada vez mejor en dicha relación. No conseguirla también significa liberarse de la ilusión de su liberación. «Nunca ha funcionado y nunca va a funcionar», diría, lacónico, mi sabio paciente. Ciertamente, no como un reloj; tampoco como un instinto animal. La sexualidad humana es un campo atravesado por ondas sísmicas que lo vuelven inestable y precario.

La alegría, sin embargo, en absoluto es ajena a esta inestabilidad y a esta precariedad. La alegría puede brotar del eros como una fuerza sorprendente, como una afirmación de la vida y de su exceso. Además, esta fuerza, cuando conoce la convergencia con el amor, tiene la posibilidad extraordinaria de unir el cuerpo con el nombre, haciendo que exista un erotismo capaz de no quedarse aprisionado en la hipnosis del objeto sino manifestarse como *otra satisfacción* donde la pulsión sexual no se opone necesariamente al amor sino que se convierte en un componente suyo esencial.

Noli, agosto de 2021

1. Ni máquinas ni tórtolos

El derecho al goce sexual¹

La lujuria no es, frente a lo que creían los Padres de la Iglesia, ningún pecado capital. Define, antes bien, la vida sexual humana que, como tal, siempre se halla bajo el signo del exceso y del goce. Hubo un tiempo en que ese exceso lo regulaba principalmente la moral. No es casual que Freud hablara de una moral común de los neuróticos como producto de la interiorización de las vedas, prohibiciones e inhibiciones que caracterizaron profundamente su época. El deseo sexual tenía que pagar el precio de su represión en una sociedad que no contemplaba de ninguna forma su libertad. Al mismo tiempo, sin embargo, la ley, al prohibir el acceso al objeto del goce y colocarlo a una distancia de seguridad, lo que en realidad conseguía era, paradójicamente, volverlo irresistiblemente atractivo. He aquí el carácter típico de la naturaleza estructuralmente perversa del deseo humano: cuanto más prohíbe la ley el acceso a un objeto, tanto más incentiva su poder de atracción.

1 Las expresiones «gocce» y «gozar» recogen el concepto lacaniano de *jouissance*. Este concepto es distinto del freudiano «placer». (N. del T.)

Nuestra época, en cambio, parece haber emancipado el deseo —a diferencia de la de Freud— de toda dialéctica moral, de toda subordinación severa a la ley. Se trata de una emancipación que ha liberado al sexo —como es justo— de las apretadas redes del sentimiento de culpa. La clandestinidad morbosa de una sexualidad que se vive culpablemente ha dejado su sitio a un derecho al goce que se proclama como nueva forma de la ley. Una especie de neolibertinismo en expansión ha sustituido al viejo moralismo mojigato. Por lo demás, para algunos esta sustitución no ha terminado de completarse todavía: las ascuas de la cultura patriarcal aún no habrían dejado de arder. Lo cierto es que ninguna época ha evidenciado en mayor medida que la nuestra —al menos en las sociedades occidentales— una libertad sexual carente ya de vínculos morales. No obstante, la caída del velo de los tabúes no ha potenciado, en modo alguno, el erotismo. La posibilidad de un acceso inmediato a los cuerpos sexuales y una cultura de masas que patrocina sin censuras las nuevas libertades sexuales en absoluto parecen favorecer el deseo sino únicamente el acceso a un goce que tiende a hacerse anónimo y compulsivo.² La caída del velo de la fantasía erótica y la supresión de esa distancia a la que dicho velo colocaba el objeto del goce tienden a convertir el sexo en una mercancía, a reducirlo a un objeto de intercambio en un mercado que excluye por principio la presencia —cada vez más aparatosa y anacrónica— del amor. Pero ¿será verdaderamente este goce sin pudor ni culpa lo que llevará a cabo la emancipación del sexo frente a la pesadilla siniestra de la moral?

2 Cf. M. Recalcati, *Los tabúes del mundo. Figuras y mitos del sentido del límite y de su violación*, Barcelona, Anagrama, 2022.

Ninguna época ha exaltado como la nuestra el derecho democrático al goce sexual sin inhibiciones ni restricciones. Una especie de naturalismo redivivo parece afirmar la satisfacción sexual como razón irrenunciable de la vida. La sombra del pecado, que durante siglos había cubierto la pulsión sexual, por fin se ha disuelto. La emancipación sexual frente a las cadenas morales de la culpa está hoy extendida sin estruendo y se está convirtiendo en un *habitus* en toda regla de la civilización occidental. Las normas morales ya no gobiernan la libertad —fatigosamente adquirida— de los cuerpos sexuales: el derecho a gozar sexualmente el propio cuerpo se ha afirmado cultural y políticamente como un derecho inapelable. Hoy la vida sin sexo no sería vida sino una forma inaceptable de amputación de la vida.

De este modo se acaba con siglos de triste ascetismo y fustigación penitencial. La vida del cuerpo sexual no es ya la muerte que oscurece la vida del alma sino lo contrario: sin la vida del cuerpo sexual, nuestro cuerpo sería expresión de una vida muerta. Un paciente mío afirmaba esto de una forma desencantada y, al mismo tiempo, hiperbólica: «Lo único que de verdad cuenta en la vida es follar». ¿Y cómo no darle la razón? El derecho al goce sexual se ha convertido en un objeto político público, saliendo por fin de los sótanos austeros y privados de la censura moralista y de la clandestinidad para imponerse como una gran cuestión social. El sentimiento de pudor, de vergüenza, de inhibición, los apuros y las dificultades a la hora de vivir la relación entre los sexos se presentan, en el discurso público contemporáneo, como desechos de un pasado mojigato irreversiblemente obsoleto. Sin embargo, a pesar de la emancipación de la vida sexual y sus derechos frente a la sombra siniestra de la culpa y el juicio moralista, el psicoanalista sigue escuchando, en su labor cotidiana, la secre-

ta desazón que acompaña la vida sexual de quienes le piden ayuda. Sí, porque nada está más lejos de la realidad humana que la idea de un naturalismo sexual que se querría por fin libre para vivirse a sí mismo en la más pura espontaneidad, deshechas las ataduras represivas de la moral. Nada está más lejos de la realidad humana que la idea de que el sexo es la expresión natural y armónica de una potencia liberadora. No tanto porque los grandes y legítimos cambios culturales puestos en marcha a partir de la contestación juvenil de mayo de 1968 —y del feminismo— no hayan asestado unos golpes decisivos y benditos para dismantelar la vieja moral patriarcal y la cultura sexofóbica que de ella se desprendía sino porque la relación del ser humano con el sexo no puede ser nunca algo pacificado, plenamente hedonístico, libre de conflictos.

Más allá de cualquier retórica ideológica, el psicoanalista debe constatar, día tras día, que no existe armonía, equilibrio, paz en las infinitas contorsiones que animan el deseo sexual. Esto lo recordaba otro paciente mío, siempre un poco turbado por el encuentro con lo real del sexo: «¿Por qué hacer el amor no es nunca para mí como beber un vaso de agua?», se preguntaba desconsolado. Hacer el amor, como se dice, no puede ser, en realidad, para ningún ser que habite el lenguaje como beber un vaso de agua.

Lo real de la sexualidad humana se sustrae al esquematismo de los instintos que caracteriza la forma animal de la vida. De manera que no es posible cultivar la ilusión de una naturalización de la sexualidad humana o —peor aún— de una animalización de la misma, como si eso señalara la emancipación definitiva de la pulsión sexual frente a las jaulas morales que la oprimen injustamente. Lo sabemos por nuestra experiencia clínica, lo sabemos por nuestros pacientes: en el mundo humano, la sexualidad no está gobernada por la brú-

jula infalible del instinto, como sí sucede, sin embargo, en el mundo animal, donde los colores, los olores, las estaciones del año y la maduración de los órganos reproductivos bastan para poner en marcha un apareamiento entre los sexos sin trabas. Todos nosotros, por el contrario, en cuanto seres inmersos en el lenguaje —en cuanto «seres hablantes» (*parlêtres*), como diría Lacan—, no podemos beneficiarnos plenamente de la gracia natural del instinto. En la vida humana, el apareamiento entre los sexos no está causado por respuestas y reacciones instintivas, como sí que se verifica en el mundo animal. El recorrido del deseo sexual es inevitablemente laberíntico y accidentado: mientras que el instinto obedece a la ley universal de la naturaleza, la pulsión sexual carece de ley; es por principio algo desarreglado, desviado, absolutamente singular, anárquico, hiperhedonista, perverso y polimorfo, como diría Freud. La pulsión sexual no apunta a la mera descarga fisiológica de una tensión acumulada ni a la reproducción de la especie sino que se presenta imantada por la exigencia —siempre excesiva— del goce, que, como tal, no responde a ninguna ley de la naturaleza.

La vida sexual de los seres humanos excede constitutivamente el esquematismo biológico del instinto. De ahí que se presente como algo rocambolesco, surrealista, tortuoso, sorprendente, fatalmente capturado por un guion fantasmático dictado por el inconsciente: por unas pautas que, superponiéndose al instinto, lo pervierten. La excentricidad cultural de la pulsión respecto a la infalibilidad natural del instinto impone a la sexualidad humana un rodeo más largo para alcanzar el placer, un rodeo que no puede reducirse a la persecución inmediata de la satisfacción sexual mediante el apareamiento.

Nuestra relación con el sexo nunca es normal, natural; nunca está ya establecida, definida de una vez para siempre,

sino que en todos los casos se presenta un poco oblicua, estrafalaria, anómala, singularmente torcida. Y no me estoy refiriendo aquí al actual debate político y antropológico que tiende a emancipar el destino de la sexualidad frente a las ataduras impuestas por el tradicional binarismo masculino/femenino —de cuño patriarcal— y a orientarlo hacia nuevas formas legítimas de experimentación de la sexualidad. (Haciendo esto se está siguiendo el principio —que el propio psicoanálisis contribuyó a naturalizar— según el cual la sexualidad humana es siempre una forma de transición, de salto de discurso, y, como tal, nunca puede encerrarse en una identidad más o menos sólida).³ Estoy refiriéndome, antes bien, a la experiencia del deseo sexual en cuanto tal, y al hecho de que esta experiencia implica siempre —tanto en los homosexuales como en los heterosexuales, tanto en las lesbianas como en las personas llamadas «transgénero»—, más allá del éxtasis y de la alegría, del placer y del goce, una cuota irreductible de turbación e inquietud. Pero no *a pesar de ser* una experiencia de alegría y éxtasis sino precisamente *porque es* una experiencia de alegría y éxtasis.

3 Este tema merecería un libro aparte. Sobre este punto considero que la enseñanza del psicoanálisis comporta consecuencias claras: el género no coincide con el sexo anatómico, pues la anatomía no es un destino; la sexualidad humana no coincide con identidades esenciales establecidas desde el principio (masculino/femenino), porque implica un proceso de subjetivación complejo en el que también intervienen, junto a la anatomía, los dispositivos educativos y los condicionamientos familiares, sociales y culturales, y, sobre todo, la «elección inconsciente» del sexo, que siempre excede tanto la determinación anatómica objetiva de este como los condicionamientos ideológicos que promueve el discurso educativo. Para un amplio examen de este problema, cf. el reciente libro de E. Marty *El sexo de los modernos. Pensamiento de lo Neutro y teoría del género*, Buenos Aires, Manantial, 2022.